

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 20 DE MARZO DE 1932.

NÚMERO 12.



DOMINGO DE RAMOS

Al día siguiente, una inmensa multitud que había venido a la fiesta, informada de que Jesús se dirigía a Jerusalén, salió a su encuentro.

Al acercarse a Betfagé, hacia el monte que se llama de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos diciendo:

—Id a la aldea, que está delante de

vosotros; al entrar encontrareis una asna atada, y con ella su pollino, sobre el cual no se ha sentado ningún hombre; desatadlo y traédmelo. Si alguien os pregunta: “Por qué lo desatais?”, contestareis: “El Señor lo necesita”, y os lo dejarán al instante.

Los mensajeros partieron y encon-

traron el pollino, como El les había dicho, atado fuera, cerca de la puerta, a la orilla del camino. Mientras lo desataban sus dueños les dijeron:

—¿Qué haceis? ¿Por qué desatais este pollino?

Ellos respondieron:

—Porque el Señor lo necesita.

En esto se cumplió la palabra del profeta:

“Decid a la hija de Sión: he aquí, que viene a tí tu Rey, apacible y sentado sobre un asno, sobre un pollino, hijo de bestia de carga”.

Los discípulos condujeron, pues, el pollino a Jesús, pusieron sus capas sobre el pollino e hicieron montar a Jesús.

Cuando estuvo en marcha, muchas personas extendieron sus mantos en el camino; otros lo cubrieron con ramas que habían cortado en el campo; muchos llevaban palmas en la mano.

Cuando iba a llegar a la bajada del monte de los Olivos, toda la muchedumbre de los discípulos, llena de gozo, se puso a alabar en alta voz por todos los milagros que habían visto. Y decían: “¡Bendito el Rey, que viene en el nombre del Señor!”. “¡Paz en el cielo, Gloria en las alturas!” Las multitudes que le precedían y le seguían, le aclamaban: “¡Hosanna al hijo de David!” “¡Hosanna al Rey de Israel!” “¡Bendito el reino que se acerca, el reino de David nuestro padre!” “¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!”



Cabano, el chico negro, y los plátanos

(Continuación.)

“Sí, sí”, digo yo, “pero aquí en vuestras montañas no teneis una clase muy escogida; yo he estado en otro país— para llegar teníamos que andar casi un mes, pero también había gente negra ahí — y me han dado en casa de un amigo plátanos mucho mejores que los de aquí. Tienen ahí una clase que llaman “dedo de reina”, ¿verdad que vosotros también en vuestra lengua lo llamas fruta de dedos?” “Claro, así es”, dice Cabano. “Fíjate en la rama en esta estampa; allí entre las hojas sale el tallo; a la punta de éste, está la flor; se ha inclinado hacia abajo, porque el peso de la fruta ha bajado toda la rama. Pero mira, debajo de la flor están los plátanos; casi siempre media docena juntos, y entonces parece como si los dedos de una mano extendida se pusieran encima de otra mano, y por eso los llamamos fruta de dedos”.

“Gracias, hijo, que me lo explicas tan bien, puedo recordar mucho mejor todas las palabras raras de vuestra lengua, sabiendo por qué se llaman así. Te estaba contando de una clase de plátanos que se llaman dedo de reina. Estos son tan buenos, que casi se deshacen en la boca y tienen la piel tan fina como la cáscara de un huevo. Otra clase hay, que llaman plátanos rojos; estos son mucho más largos y gruesos. Tienen muy buen sabor, pero son tan grandes, que se pueden comer dos solamente, teniendo mucha hambre”.

“Padre, ¿esos plátanos acaso crecen en Europa, en el país de los blancos, de donde vienen tantas cosas bonitas, que no tenemos aquí, como las medicinas, las herramientas de hierro y los libros y los vestidos y las mantas?” “Oh no, Cabano, en mi tierra no se crían plátanos, solamente unos pocos en una casa de cristal; allí hay que poner calefacción, sino se hielan con el frío”.

Ahora, sí, abre el chico sus ojos desmesuradamente, y me mira muy incrédulo; se da unos golpes en la boca con la palma de la mano y exclama: “¡Eh, he, padre!, yo se que no mientes, pero no digas esto a los otros aquí en Ruanda, si no hablan como aquella vez, cuando me contabas de vuestras vacas. Me decías que tenían sus casas aparte, que comían trigo molido y que daban diez medidas de leche diarias. Cuando la gente de aquí oía esto, todos decían, que nos engañabas miserablemente. Nosotros no tenemos ni siquiera bastante harina para los hombres, y aquí hay que ordeñar diez vacas para tener un puchero de leche. Padre, si es verdad lo que tú cuentas, y si los plátanos crecen en casas, tu país tiene que ser un país encantado. No comprendemos por qué habeis venido aquí! La gente dice, que vuestro cacique os debe haber expulsado para que sometais a nuestro país. Pero dime, ¿los plátanos que se han plantado en casas de cristal y que los cuidan tan bien, tendrán unos frutos muy grandes?”

“¡Oh, no!, allí los plátanos no se crían para llevar frutos”. “Pues entonces, ¿para qué se crían?” “Los plantan

para que los podamos ver nosotros y nuestros hijos. Durante el tiempo de calor los plantan fuera, para que todos los puedan admirar”.

“¡Oh, padre!, qué enormemente ricos son los europeos, que podeis edificar tales casas, y que tengais allí plantas de plátano solamente por gusto. Así como aquí algún noble muy rico tiene vacas y cacharros artísticos solamente por gusto. Vosotros no conoceis la pobreza; pero dime, ¿en tu tierra no hay plátanos para comer? A la madre aquí, tu mujer, le gustan mucho y todas las mañanas tienen que freirla algunos para el desayuno”.

“Sí, hijo mío, en España también se pueden comprar plátanos. En un país no muy lejos de España, se cortan los plátanos cuando aún no están hechos del todo, y en el barco acaban de madurar. Cuando llegan a nuestro país están maduros, pero no tienen el mismo gusto bueno que madurando en la misma planta. Cuando por la mañana la madre y Nkundamo compran lo que la gente les trae, leña, huevos, pollos, leche y miel, la gente negra siempre les dan dos plátanos por una cucharita de sal o por una aguja, y en España hay que pagar por un plátano tanto dinero como importa el jornal de un obrero de aquí”.

(Concluirá)

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* en España y Repúblicas Americanas. 3,00; en todos los demás países extranjeros 4,50.—LIBRERIA NACIONAL Y EXTRANJERA Caballero de Gracia, 60, Madrid.

La venganza de Carmencita

Carmencita tenía que guardar cama hacia ya varios días; estaba muy constipada. Algunas veces se aburría bastante. El padre estaba en sus negocios y la madre tenía que hacer en casa, y a sus pequeñas amiguitas les estaba prohibido visitarla, por miedo al contagio. Enrique, su hermano, que tenía dos años más que ella, bien podría haberla entretenido a ratos, pero siempre tenía algún compromiso con sus compañeros. Hoy también cogió su cometa, porque hacía un sol espléndido y soplaban un viento favorable.

“Por eso mismo”, rogó Carmen con voz quejumbrosa, “quédate hoy conmigo, por una vez. En toda esta semana no he visto el sol más que desde la cama; juega conmigo y déjate de tus compañeros. Hoy quiero ser yo tu compañera de juegos”. Enrique vaciló un momento, pero en seguida exclamó, como para acallar su conciencia: “No, chicas no saben ser compañeras de chicos y además no saben jugar”.

Y muy deprisa salió con su cometa; pero no pudo por menos que oír todavía las palabras de Carmencita, medio sofocadas por las lágrimas: “Ya verás, yo no lo echaré en olvido. Si tú te pones enfermo algún día, yo tampoco voy a jugar contigo”. Enrique se echó a reír, y pegando un portazo, salió de la casa.

Ninguno de los dos hermanos había notado que su madre había oído las últimas palabras de su altercado, cuando entró a ver la enfermita; había oído

tanto las palabras desabridas de Enrique, como la respuesta brusca de la niña. Pero no dijo nada, tomó un libro y se puso a leer un cuento a su hijita.

Unas semanas más tarde—ya hacía tiempo que Carmencita podía salir otra vez—, Enrique estaba algo indispuesto. Tenía que quedarse en casa. Pero no había necesidad de guardar cama. Esta vez le tocaba a él mirar ansioso al sol desde su ventana. Y precisamente hoy estaban aclarando la ropa, lavada en una pila grande, que se encontraba en el patio. ¡Qué bien habría podido jugar con su vaporcito nuevo allí abajo en los ratos que la pila no tenía ropa! ¡Qué lástima! Pasado mañana podría salir por primera vez, pero entonces la pila ya no tendría agua.

(Continuará.)

Un hallazgo

Un día un guardia vió, cómo una mujer pobremente vestida, se agachó en la calle para coger algún objeto, y luego lo envolvió cuidadosamente. Él se figuraba que ella llevaba alguna cosa de gran valor, y la siguió hasta su casa. Entró en su habitación y la preguntó si no había encontrado algo en la calle. “No precisamente encontrado”, dijo ella, “sino levantado”. El guardia la hizo desatar el pañuelo, y ¿qué vió? ¡Unos trozos de cristal!

“Para que los niños no se hagan daño cortándose el pie”, dijo cariñosamente la viejecita.